

Nota 7

Tepito, Ciudad de México, martes 20 de junio de 2017

Acudí puntual a mi cita con Iván a las 12 del día. Una vez más, era martes y el barrio estaba prácticamente desierto. Eso no es lo único que se repetía. Una vez más, llegué a la esquina grafitada e Iván no estaba. Deambulé un buen rato por la zona pensando que sería una tarde perdida, hasta que noté que en el puesto de metal habían aparecido Beto y un adolescente que nunca había yo visto ahí. El chico debía tener cerca de 17 años, de estatura media (alrededor de 1.65 metros) y bastante delgado, su tez más bien oscura y los ojos muy amarillentos. Llevaba un pantalón de mezclilla gris, una playera de algodón, una sudadera negra con gorro y tenis para patinar. Jugaba con un *spinner*.

Me acerqué al puesto y los saludé amablemente; pregunté por Iván, pero Beto me dijo que no lo había visto para nada y yo respondí que iba a esperarlo un momento con ellos. Traté de hacer conversación casual mientras pasaba el tiempo. Caí en cuenta de que era la primera vez que me encontraba con alguien en la esquina y no estaba Iván como catalizador y eje principal del encuentro. Les pregunté acerca del puesto, si de verdad estaba abandonado o en algún

momento del día se utilizaba para vender. Ellos confirmaron que estaba abandonado, “hace un verguero”¹⁰ que nadie vendía ahí, aunque sus instalaciones funcionaban con normalidad, por ejemplo, en la estructura todavía había electricidad y ésa era una de las razones por las que era uno de sus sitios favoritos de encuentro, porque siempre podían poner a cargar sus teléfonos celulares y, debido a que algunos eran de los miembros más jóvenes de la calle, podían seguir chateando (por WhatsApp o Facebook) u oyendo música.

El adolescente le preguntó a Beto si trabajaba los martes y él le confirmó que no.

—Los martes nada más fumo; y eso que a mí me encanta el dinero —agregó. También me comentó que estaba muy crudo y yo le pregunté si estuvo tomando la noche anterior. Me miró con un gesto de extrañeza y me dijo que no le gustaba beber alcohol, que su malestar provenía de una noche entera de fumar *crack*. A juzgar por sus ojos amarillentos, su boca a todas luces reseca y su facha de cansancio, debía sentirse como la resaca de una juerga de alcohol elevada exponencialmente.

Tal vez en un intento por congraciarse con Beto y por sentirse parte de la vida clandestina de la esquina, el adolescente comenzó a contarnos cuál era el motivo de que se encontrara ahí esa mañana:

¹⁰ Mucho tiempo.

—Estoy esperando a un ruco que viene en un Jetta Azul.

—Ah, cabrón —le respondió Beto.

—Sí, me va a llevar a trabajar.

—¿A repartir “cosas” en las tiendas?

—Sí.

Una vez más apareció el eufemismo, porque es claro que las “cosas” que el adolescente y su jefe por el día iban a repartir eran ilegales. Algo parecido ocurría con el concepto de “tienda”, aunque habría que recordar que en la época de la “guerra contra el narco”,¹¹ los medios popularizaron el mote “narcotienda” o “narcotiendita” para los lugares de venta de droga al menudeo, echando mano, quizá también, del hecho de que muchos de éstos eran al mismo tiempo establecimientos comerciales de otro tipo, como tiendas comunes y corrientes o lugares de esparcimiento.

Beto armó con gran destreza un cigarro de marihuana con el grosor suficiente para pasar por un pequeño habano y jugaba con él, pasándolo entre

¹¹ Se denomina así la estrategia seguida por el presidente Felipe Calderón para combatir el narcotráfico entre 2006 y 2012. Su eje principal fue el uso de la fuerza y se manifestó en intervenciones directas del ejército a lo largo del territorio nacional, ya fuera para capturar narcotraficantes o para garantizar la seguridad de la población en entornos de plena desconfianza hacia otros cuerpos de seguridad. Aunque con diferentes énfasis e intensidades, se ha sostenido hasta nuestros días.

sus dedos. No lo encendió y eso me hizo pensar que no quería fumar en mi presencia. Otro joven se acercó hacia nosotros, había estado comiendo en el puesto de doña Tere, y Beto lo saludó diciendo: “¿Qué pasó, panzón?”. El joven respondía al nombre de Fer. Alto (quizá un poco más que Beto, debía rondar los 1.75 m), moreno claro y con una de esas complexiones que no lo hacían ver sólo pasado de peso, sino también fuerte (quizá pesaba unos 90 kilos o más); usaba el cabello muy corto y aun así se apreciaba que lo tenía ligeramente rizado. Vestía *pants* gris, playera anaranjada, tenis de basquetbolista y llevaba una mariconera blanca cruzada al pecho; también lucía tatuajes en ambos brazos.

Lo primero que Fer hizo antes de saludarnos con un choque de mano y puño fue eructar sonoramente. Nos contó que estaba desayunando con doña Tere y que se había quedado con un poco de hambre porque cuando estaba a punto de pedir una gordita, había aparecido otro hombre de la cuadra al que apodaban El Cejas. Agregó que El Cejas “le caga”¹² por ser sumamente arrogante y que el sentimiento era tan fuerte, que prefería no compartir alimentos con él; por eso pidió su cuenta y dejó el puesto de comida de inmediato.

¹² Le caía muy mal.

Fer sacó su celular y nos dijo que estaba esperando la llamada de uno de sus clientes, quería saber si iba a ir a comprar mota o no. Entonces caí en la cuenta de que ni Fer ni el adolescente que pasaron el tiempo con nosotros sabían quién era yo y, quizá por ello, hablaban con mucho más libertad de sus actividades ilegales. Fer preguntó si ya nos había contado la hazaña del día de la piedra, y explicó que “se rayó” porque había vendido siete gramos de *crack* y ganado 800 pesos, “nada más por ir aquí a tres cuabras”:

—Ocho-cien-tos-va-ros —dijo Fer pausadamente y con una gran sonrisa.

—Tsssss —respondió Beto asintiendo.

—¡800 varos! —me dijo el adolescente.

—Pues sí, es un cambio —respondí— y en un ratito.

—Así es este negocio —respondió Beto. Y ya que todos estábamos expectantes, Fer comenzó su anécdota.

—Llegó un culero en un coche y me dijo al chile: “Quiero piedra, ¿a cómo la pones?”. Y yo le dije: “a 350 el gramo”. Dijo que estaba cara y yo le respondí: “Te lo voy a poner en 300, ¿pero cuántos gramos vas a querer?”, y ya me dijo que siete. Como traía carro le dije que me acercara a la casa, me dio el dinero y yo me bajé del carro. En la entrada me dijeron: “¿Qué, qué? ¿Adónde vas?”, y yo les enseñé el varo: “A comprar, puto”, y en corto me dijeron: “Tssss, pásale”.

Fer agregó que con sus generosas ganancias ya había ido a comprar ropa nueva: *pants* y una playera. La lógica de los “mandados” parecía cada vez más nítida: ni Fer ni Beto ni el mismo Iván eran las “tiendas”, sino que fungían como enlaces o intermediarios con éstas. En el caso particular de la transacción narrada por Fer, conviene echar un ojo a la aritmética: siete gramos de *crack* pactados a 300 pesos dan un total de 2,100 pesos, de los que Fer se quedó 800, casi 40% del total por ser el enlace. Esto querría decir que la tienda se quedó con 1,300 pesos y que el gramo de ese *crack* en particular costaba directamente con ellos un poco más de 185 pesos. Aunque, seguro, como en la anécdota de Fer, pocas personas pueden entrar directamente a la tienda a hacer la transacción y al hacerlo se ponen en riesgo, por ello requieren del servicio de los enlaces, de alguien que “haga el mandado”.

Una pepenadora de complexión extremadamente delgada se acercó empujando un carro de supermercado; se apreciaba que había estado recogiendo botellas de PET. Nos saludó y le dijo a Beto que Iván había pasado temprano, preguntó por él y lo estuvo esperando; como no apareció, decidió marcharse. Era más que obvio que Iván había vuelto a plantarme, pero pensé que quizá no fuera del todo mentira que los martes resolvía algunos pendientes. Le dije a Beto que regresaba en una hora, sólo para cerciorarme de que Iván no hubiera regresado y pensara que era yo quien no se había presentado a la cita. Él dijo

que sí y que si aparecía le diría que había pasado a buscarlo. Me despedí de los tres y me marché.

Una hora después estaba de regreso y me encontré de nuevo con el adolescente, Beto y Fer, que cargaba su celular en el puesto de metal y les mostraba videos desde su cuenta de Facebook. Dada su lentitud al hablar, era por lo menos claro que Beto y el adolescente se habían fumado el cigarro de marihuana de hacía un rato. Beto me dijo que no había ni señal de Iván y que quizá no era seguro que apareciera por la esquina hasta ya entrada la noche, cuando regresaba a saludar y en ocasiones a fumar —tal como le había dicho a Mariana la semana anterior—. Pese a ello, les dije que si no les molestaba me quedaría un rato y me dijeron que no había problema; me senté en la banqueta junto al puesto.

Parecía que el hombre del Jetta azul que iba a darle trabajo al adolescente tampoco había aparecido por la esquina. El chico le preguntó la hora a Beto, él vio su reloj y respondió que ya era la 1:30 pm. El gesto llamó sobremanera mi atención, porque el chico traía puesto un reloj Casio plateado a la moda pero, mirando con un poco más de atención, me di cuenta de que su reloj marcaba las 4:28 pm; supuse que no funcionaba bien y que quizá el chico sólo lo usaba de adorno. El adolescente dijo que ya se iba y se despidió de nosotros con un choque de mano y puño.

Se escuchó un silbido y un grito, aunque no se apreciaba muy bien. Era una señora desde la cuadra siguiente; miraba hacia a nosotros y gesticulaba.

Beto estaba casi seguro de que era a él a quien buscaban. Fer le dijo:

—No alcancé a escuchar, porque traía los audífonos puestos.

—Y yo no alcanzo a ver, valemos verga —respondió Beto.

Beto decidió ir a cerciorarse y, al verlo marcharse con la señora, pareció tener razón. Fer y yo permanecemos solos en la esquina. Yo de pie, junto al puesto metálico; él sentado adentro, cargando la batería de su celular y viendo videos.

Un hombre muy delgado y con aspecto de obrero —con botas de trabajo, pantalón de mezclilla y faja de cargador— se acercó a nosotros y me dijo:

—Carnal, no tendrán que vendan aunque sea un toque. Traigo nada más 10 varos, dos monedas de a cinco.

La situación me sorprendió y sólo moví la cabeza para decirle que no. Miré a Fer y le hice un gesto con la cabeza como para preguntarle si él tenía algo que decir a la petición del hombre. Fer también movió la cabeza diciendo que no, pero agregó un gesto de repulsión a la mueca mientras agitaba el dedo índice de la mano derecha; el hombre se marchó decepcionado. Aproveché para dialogar con Fer acerca de su respuesta:

—¿Mota no? O ¿por qué?

—Sí hay mota.

—¿Pero qué? ¿Era muy poco?

—Sí, la bolsa cuesta de 50 pesos para arriba.

—¿Y en qué varía?

—Calidad y cantidad, obvio.

—Pero tú, ¿qué recomiendas?

—Yo no recomiendo nada, por mí que la gente compre siempre de a 100 pesos.

Tomé un billete de 50 pesos de mi pantalón y se lo ofrecí; le dije que ya que Iván me había plantado, quería aprovechar mi viaje para surtirme. Él sonrió y tomó el billete, pero durante el diálogo no quitó los ojos de su celular.

—Ahorita te la traigo —y luego me dijo mostrando la pantalla de su celular —mira este video, ¡está bien vergas!

Parecía que al fin habíamos roto el hielo. El video, que alguien le había compartido en su perfil de Facebook, mostraba a un hombre haciendo un enorme y colorido grafiti de letras bombachas. Fer me dijo que en el argot eso se conocía como una “bomba” y me contó un poco acerca de su realización, de cómo al contrario de muchas otras técnicas para pintar, en el grafiti primero se debía hacer el relleno de una pieza y después el delineado y otros detalles. Una pequeña tira en la pantalla le recordó que tenía 357 mensajes pendientes en

WhatsApp en más de 30 conversaciones; pareciera ser un joven bastante solicitado.

Desconectó su celular y salió del puesto. Me dijo:

—Ahí te encargo mi cargador —y se alejó caminando parsimonioso en dirección a la tienda, hasta que lo perdí de vista.

Decidí volver a sentarme en la banqueta junto al puesto, pero atento a su cargador de teléfono. Aunque la calle parecía vacía, uno nunca está exento de incidentes. Fer tardó unos 15 minutos en regresar y mi primer comentario tuvo justo que ver con eso. Me explicó, señalando hacia la “tienda” que observé la primera vez que Iván me plantó:

—Ahí sí venden mota, pero está bien culera. Te traje de una buena, cuesta 10 varos el gramo. Vas a ver, yo he sentado con esa a dos, tres güeyes que se creen bien marihuanos. Con un toquecito tienes.

Fer me dio una pequeña bolsa que contenía la marihuana y me pidió olerla. Yo me la puse en la nariz y la olí, pero me dijo:

—No, no, ábrela y huélela —seguí sus instrucciones. La marihuana era bastante aromática y tenía un ligero olor cítrico.

Le dije que olía bastante bien y él pareció contento por su buena elección. Guardé la bolsa en el borde de mis boxers recordando que de regreso tendría que pasar frente a un par de retenes de la policía. Nuestra conversación casual

continuó y le pregunté si vivía ahí. Él me miró con extrañeza y yo le dije que vivía en una unidad unas cuabras atrás; me preguntó cuál y le di indicaciones. Al parecer había pasado la prueba, porque quitó el gesto de extrañeza, aunque de todos modos no me respondió.

La puerta de la unidad a la izquierda del puesto metálico se abrió y apareció un hombre maduro —debía rebasar los 50 años y su cabello ya pintaba canas—, vestido de manera formal: pantalón de vestir, camisa beige de manga larga y mocasines. Con un tono amable, dijo:

—Oye, Fer, dice mi mamá que si por favor puedes ayudarle a desatorar una de sus ventanas —luego me miró y dijo— no creo que nos tardemos, si quieres esperarlo en un momentito regresa —le respondí que no se preocupara, que de todos modos yo estaba a punto de marcharme. Me despedí de Fer y me fui.